

LISANDRO ALVARADO EN BARQUISIMETO *

Por CARLOS FELICE CARDOT

Para hablar de Lisandro Alvarado en esta Universidad que lleva su nombre, con el designio de salir airoso de la tarea impuesta, lo natural hubiese sido el desarrollo de un tema crítico sobre tantos de los que en su vida sabia manejó aquel ilustre hombre de ciencias y de letras. Penetrar en su pensamiento para descifrar su evolución desde su adolescencia hasta que llegó a los profundos senderos de la filosofía y se metió de lleno en el intrincado mundo de Lucrecio, sin dejar de estar al día con los doctores de la Iglesia; estudiar el concepto que le merecieron episodios de la historia venezolana, a través de sus hombres; sus actitudes, sus hechos delictuales, su signo negativo en el proceso nacional, sus hombres signados por la grandeza, pero cuyo cerebro se veía de continuo señalados por taras, que ejercieron influjo generalmente negativo sobre sus vidas; destacar aspectos de su propia concepción sobre el trágico episodio de nuestra Guerra Federal, cuyo estudio tanto lo apasionó, cercana como estaba su vida a aquel terrible drama, y vivos todavía muchos de sus actores, y de cuyos resultados utópicos quedó para Venezuela sólo muerte y desolación y una vana esperanza de redención social, no obstante las prédicas sobre el igualitarismo que de continuo se hacen sobre aquella hecatombe de muerte, ruina y desolación, sin pensar que el igualitarismo venezolano arranca con la Independencia, y ha constituido, en todo momento, pensamiento y modo de ser del venezolano.

Convendría también destacar sus vastos estudios etnológicos, antropológicos, filológicos y dialectales, y detenerse en el análisis de sus magníficos diccionarios de Voces Indígenas o del Bajo Español, amén de una serie de materiales conexos que no habían tenido antecedentes y que lamentablemente, los continuadores han sido muy pocos, no obstante los medios de que hoy dispone el mundo universitario venezolano; y en fin, analizar su gran producción literaria, a través de un prisma de agudeza, en donde el crítico avisado hallaría mil facetas para nuevos enfoques.

El mundo intelectual de Lisandro Alvarado es vasto, múltiple y de una seriedad científica, que nadie puede ponerla en duda. No hubo en su obra el con-

* Disertación en la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto, el 19 de septiembre de 1982, en el CXXIV aniversario del nacimiento del sabio.

cepto de improvisación, de exhibicionismo, de mera vanidad. Pasó toda la vida estudiando las más diversas facetas de la cultura, y preparando un material que lamentablemente él mismo no pudo ver impreso. En todos los momentos de su vida, sin que fuese óbice para detenerlo sus obligaciones burocráticas, se mantuvo en una constante indagación científica y cultural, y su obra es de tanta densidad, variedad temática e inquietud mental, que es causa de asombro por quienes, conocedores de lo que significa una dilatada y sólida labor, se dan a la tarea de estudiar facetas diversas de lo que realizó en épocas de grandes dificultades, sin la colaboración que de continuo es menester para empresas de profunda trascendencia intelectual

Pero no vamos a hablar hoy, en especial de ninguna de las facetas intelectuales del Dr. Lisandro Alvarado. Empero, quizá, podríamos rozar alguna.

Cualquiera se asombrará al releer o simplemente al hojear los ocho tomos que comprenden sus Obras Completas, o lo que se ha considerado como tales —sin incluir allí sus diccionarios y gramáticas indigenistas y algunos trabajos dispersos— y vacilaría en escoger algún tema específico para desarrollarlo en determinada oportunidad.

Las líneas generales de su obra, han sido puestas de manifiesto por multitud de pensadores que han realizado trabajos generales de investigación o de divulgación. Pero pocos han profundizado en aspectos particulares, en el análisis detenido y profundo de su extraordinario pensamiento o de la multiplicidad y complejidad de su obra. Para ello además, fuera de la necesaria formación, se necesita tiempo y especiales conocimientos. Carecemos de muchos de esos atributos, y no pudimos disponer del tiempo necesario para detenernos a escrutar las facetas que más nos apasionan del hombre: su concepción de la historia y su originalidad como literato y crítico. Por ello, para tratar de cumplir con el encargo que generosamente nos confió esta Casa de Estudios, y que tratamos de rehuir con sincera humildad, hemos resuelto hablar de temas relacionados con el sabio en conexión con esta ciudad que lo acogió en dos oportunidades, y convivió con sus gentes, con su pueblo y con sus hombres de pensamiento.

Lisandro Alvarado, como todos sabemos, nació en El Tocuyo el 19 de septiembre de 1858, en el hogar de don Rafael Alvarado y doña Gracia Marchena. Vivió en dicha ciudad hasta 1875 en que se vino para Barquisimeto a iniciarse en la lucha por la vida y en la propia responsabilidad. Apenas un paréntesis tuvo en toda esa etapa. A mediados de 1874, cuando ya había terminado en el Colegio de la Concordia y bajo la sapiente dirección de don Egidio Montesinos, sus estudios de educación media, viaja a Trujillo a presentar los exámenes requeridos para optar al grado de bachiller, que recibe el 5 de setiembre. Regresa a El Tocuyo donde estará por todo el resto del año, hasta el siguiente que, por consejo paternal, parte para esta ciudad a iniciarse en la diaria labor, mientras tiempos mejores le permitan marchar a Caracas y continuar sus estudios universitarios.

Desde 1863, don Egidio Montesinos había fundado el Colegio de La Concordia, en El Tocuyo, no obstante que aún estaba activo, pero algo así, como en período agónico y sacudido por los vendavales políticos, el viejo Colegio Nacio-

nal fundado por el General José Antonio Páez en 1833 e instalado el 1º de setiembre de 1835, Colegio donde don Rafael Alvarado había sido por un tiempo, su docente. Este instituto era de corte oficial. Si en las primeras dos décadas de su existencia puso de manifiesto su valiosa actuación, impulsada por notables maestros, los trastornos de la guerra federal, llegaron hasta él y socavaron su existencia, no obstante que en todo momento, sus rectores y catedráticos se esforzaron por darle permanente vitalidad e insuflarle el aliento necesario para vivir. Y uno de sus últimos y meritorios vicerrectores, don Egidio Montesinos, al comprender que era difícil que su marcha continuase como había sido en sus primeros tiempos, decide separarse de toda responsabilidad, y funda un Colegio particular y asume, por su cuenta y riesgo, la ducción de la juventud tocuayana.

Lisandro Alvarado será el alumno señalado por el número 82 en la larga lista de alumnos de La Concordia, lista y archivo llevados con meticuloso orden, con escrupulosidad absoluta, como que había sido preparada algo así para que sirviese a los historiadores del futuro como guía segura y fuente legítima para historial el Colegio.¹

A los cinco años de estar recibiendo allí sus enseñanzas, Alvarado viaja a Trujillo a presentar su examen final. Lo acompañan en esta jornada un grupo de jóvenes de la comunidad, que andando el tiempo, serán valiosos y útiles ciudadanos. Por el viejo camino de recua que partía de El Tocuyo hacia Humocaro Bajo, de ahí a la Peña, luego a Carache, y finalmente a Trujillo, vadeando el río en épocas de avenidas, escalando serranías y páramos, van en sus cabalgaduras siete jóvenes. Además de Alvarado, forman el grupo José Soledad Giménez, Manuel Silveira, José Antonio Lucena, Juan Bautista Tamayo León, Ladislao Castillo y Rafael Pérez Villanueva. En setiembre de 1874, el grupo de estudiantes presenta sus exámenes y recibe el grado de bachiller. Retornan a su pueblo, pensando en que los esperan nuevos y más amplios horizontes, como en efecto así ocurrió con todo el grupo, salvo que ninguno como Alvarado, se dedicó con ahínco a formarse un verdadero sabio.²

La estancia en El Tocuyo la interrumpió Alvarado con el viaje a Trujillo como se ha apuntado. El Colegio La Concordia donde había realizado toda su educación media, adquiriendo conocimientos básicos, especialmente el dominio del latín, había sido fundado como instituto particular, y según las leyes, no podía, por sí mismo, conceder títulos. Los que finalizaban allí sus estudios, tenían que obtener aquellos en el viejo Colegio Nacional de la ciudad; pero clausurado éste, a comienzos de 1869, no había en el Estado Lara, ningún otro plantel oficial. El Colegio Nacional de Barquisimeto vivía en continua crisis y con una vida lánguida y perezosa, y tenía ya varios años cerrado por azares de la época. Don Egidio, desde 1870, y ya en el poder el General Antonio Guzmán Blanco, inicia sus gestiones para lograr que se le otorgue la facultad de dar los títulos. Solicitudes, influencias, buenos oficios de personas se mueven al respecto. La autoridad moral

1. Sobre el antiguo Colegio Nacional y el Colegio Concordia, puede verse CARLOS FELICE CARDOT. *Décadas de una cultura, origen y evolución de la educación secundaria de El Tocuyo*. Editorial Avila Grafica, 1951, segunda edición, Caracas, 1974.

2. *Ibidem*.

de don Egidio constituye fuerza poderosa que hace impulsar voluntades. Pero la espera es larga y el maestro no descansa. Los tiempos van cambiando y la administración guzmancista desea favorecer la educación. Multitud de medidas son tomadas al efecto, después del decreto del 27 de junio de 1870 sobre educación pública y gratuita. Por fin el Congreso Nacional por Acto Legislativo del 26 de mayo de 1874 concedió al Colegio La Concordia la facultad de otorgar los grados de bachiller, y el 1º de junio el Presidente Guzmán Blanco puso el ejecútese al decreto. No obstante que le fue comunicado seguidamente al interesado, la noticia no llegó a El Tocuyo sino cuando ya los siete estudiantes viajaban hacia Trujillo en busca del anhelado título.³

Después vino el regreso y el comienzo de la acción particular de cada uno. Lisandro Alvarado fue enviado por su padre a esta ciudad a trabajar en una farmacia, como ayudante o modesto aprendiz, pensando tal vez que las aficiones del hijo pudiesen estar acordes con el mundo de la química y de la medicina. Allí se establece y comienza la lucha. Alvarado, siguiendo las indicaciones paternas, admite al pie de la letra todos sus consejos. Revelados estos recientemente,⁴ tomados de correspondencia inédita, permiten inferir el sentido de la vida de aquel buen patriarca, y la efectividad y justeza de todo lo que le comunica para que pudiese marchar sin tropiezos y evitarse problemas. Si el viejo Don Rafael hubiese vivido más, y prolongado el diálogo epistolar entre el padre y el hijo, es posible que hubiese quedado para la posteridad, guardando las distancias un epistolario como el de Lord Chesterfield para su hijo Felipe Stanhope, que tanto admiró Bolívar y recomendó tomar en cuenta en la educación de su sobrino Fernando, y siguiendo este ejemplo encargaban nuestros padres para la lectura de sus hijos, o sea a los hombres de mi generación y los que me antecedieron, hoy quizá pasada de moda por las circunstancias de los tiempos.⁵

El Barquisimeto que vivió don Lisandro Alvarado se estaba reponiendo del impacto de tantas guerras. La Federal que redujo a ruinas a casi todo el país, y luego las sucesivas, hasta el advenimiento y primeros años de Guzmán Blanco. Pero este mandatario, déspota pero civilizador, redujo hasta el mínimo la anarquía reinante, y comenzó su obra culturizadora y de mejoramiento general en el país. Y su principal agente en la región larense fue el General Jacinto Fabricio Lara, hijo del prócer y quien además de hombre de buena educación, fue generoso y caballeresco, y ejerce allí su influencia por obra y gracia "de guerrero afortunado y de hombre ducho en las lides del civismo". Actuaban algunos hombres de relevada prestancia; y un clero ilustrado e intachable, presidido por el primer Obispo de la Diócesis.

En materia educativa los Colegios Yepes y San Agustín, a cuyo frente estuvieron Don Juan Manuel Alamo y el Padre Juan Pablo Wondsiedler le salvaron la tradición educativa en las últimas décadas del siglo XIX. Después vendría la

3. *Ibidem*.

4. GUILLERMO MORÓN. *El Proyecto existencial de Lisandro Alvarado*. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, N° 246, abril-junio, 1979.

5. *Cartas Completas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe Stanhope*, vertidas del inglés por don Luis Maneiro. Tomos I y II. París, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 23, Rue Visconti 23, 1923, pág. XV y sgte.

regularización del Colegio Nacional, ya transformado en Colegio de Primera Categoría, y autorizado para cursar estudios mayores. Pero este último estaba aún distante de la época en que vivió allí Alvarado.

De la etapa del primer período barquisimetano de don Lisandro quedan dos trabajos que a pesar de haber sido escritos en plena juventud, constituyen ya testimonio de lo que va a ser el hombre en un inmediato futuro.

Uno, con ocasión de la primera graduación efectuada en El Tocuyo, en el Colegio La Concordia, en julio de 1877, ya bajo las disposiciones favorables del Decreto Legislativo de 1874, sobre concesión de títulos de bachiller.

¿Cual fue el pensamiento de Alvarado en aquel momento? Sencillamente de una profunda ortodoxia, la cual mantuvo todavía cuando estudiaba en Caracas y se prolongaría aún después de su graduación de doctor en Medicina. (Sabemos que en carta a su madre del 19 de julio de 1880 le pedía le enviase un escapulario de Nuestra Señora del Carmen).

Alvarado después de incursionar por los elevados predios de la filosofía y de la historia, y de exhortar a los jóvenes a una vida recta, proclama, como doctrina fundamental, por encima de todas las vicisitudes espirituales porque ha atravesado el pensamiento, la doctrina de Cristo. "El Cristo reina", dice Alvarado y agrega: "El Cristo enseña en el hombre de la verdad que está entre nosotros". Una serie de consejos basados en la enseñanza de la historia universal y en la vida nacional, aunque incurriendo acaso en generalizaciones seguramente por la política del momento, expone Alvarado a los jóvenes y recién graduados. Las acciones buenas, las actividades enmarcadas en lo justo y en lo prudente, deben ser normas de conducta, y las otras se deben repudiar, ignorar, "maldecir". Sobre éstas, los incita a que no se acojan a "tales banderas ni aceptéis tampoco ese mito". Y les recomienda "ante todo, nuestra conciencia y el culto interno de Dios, como uno y soberano"...⁶ Tales las enseñanzas que un joven de diez y nueve años transmitía a otros quizá de igual o de menor edad que él. Este escrito, a pesar de estar fechado en El Tocuyo, pertenece a la época en que Alvarado vivió en esta ciudad en su primera instancia. Lo hizo hasta 1878.

Lisandro Alvarado se marcha a estudiar Medicina, matemáticas, idiomas y algunas asignaturas del Derecho a la Universidad de Caracas. Deja su modesto empleo en la farmacia barquisimetana. Es continua su correspondencia con sus padres y hermanos. Trasluce en ella su pensamiento, sus inquietudes y la severidad de su temperamento, que sin ser hosco ni duro, está algo así como preparado para todas las acechanzas de la vida, para la lucha interna, para las duras penas morales. El historiador Guillermo Morón en rápidas pinceladas describe la severidad filosófica de su ser, puesta de manifiesto en momentos tan graves y tristes como cuando recibe las noticias de la muerte de su hermana Rosario, a quien con tanta ternura amaba, y luego de sus padres don Rafael y doña Gracia, dolorosos sucesos ocurridos en un lapso no mayor de siete años. Se duele, sufre en silencio, pero no se inmuta. Continúa en su trabajo como estudiante y luego como profesional de la Medicina.⁷

6. *El Colegio de La Concordia*, Barquisimeto, Imprenta Giménez, 1877, págs. 16-21.

7. GUILLERMO MORÓN. *Ob. cit.*

Alvarado se gradúa de doctor en Ciencias Médicas el 2 de agosto de 1884. Antes se había recibido de Agrimensor. Cursada esta disciplina en dicha casa de estudios, simultáneos con los de Medicina y con otras asignaturas, y ya en 1885 está en Ospino en el ejercicio de su profesión. De esta ciudad se trasladará a Guanare, cuatro años más tarde.

En 1886 tiene su segundo contacto con esta ciudad de Barquisimeto. Fue invitado a pronunciar un discurso en una graduación del Colegio San Agustín, plantel que como se ha apuntado, fundó y dirigió el Padre Wondsiedler, el cual tanto lustre dio a la cultura de la ciudad. Copia de este trabajo fue enviado por Paolo (Dr. Paolo Emilio Avila), al Dr. Antonio Alamo en 1918, en vida de don Lisandro, y publicado por Alamo, muchos años después en el Boletín del Centro Histórico Larense. La copia fue remitida con el designio de que Alamo "le marama el gallo" a don Lisandro, seguramente por las ideas de profunda ortodoxia que desarrollaba en la pieza oratoria.⁸

Por la correspondencia de Alvarado no hay contancia de que vino a Barquisimeto en esa época. Aparece que estuvo en Puerto Cabello. "Regresé bueno y sano de Puerto Cabello, que fue hasta donde llegué", dice en carta del 11 de mayo a su madre.

¿Aprovechó ese viaje para ir a Barquisimeto de paso para Ospino, o escribió el discurso para que fuese leído por otro? Constituye una interrogante que podría esclarecerse por una indagación en los periódicos de la ciudad, ya que el archivo del Colegio posiblemente desapareció como otros tantos de la ciudad. Es extraño, sin embargo, que en la misiva a su madre anciana, no habla de esa posibilidad, que hubiese sido una oportunidad para ir a verla y tal vez despedirse de ella. Pero así y todo, el discurso tiene todos los visos de autenticidad, no sólo por el estilo alvaradiano, ya característico, sino por la seriedad de las personas relacionadas con el mismo: Dr. Avila quien se lo remite a Alamo y Luis Domínguez Tinoco, quien actuó de copista. Hombres de Lara y Yaracuy de reconocida solvencia y relevancia, cuyas vidas se prolongaron hasta tiempos no lejanos. Además el testimonio del Dr. Alamo puede ser definitivo.⁹

8. ANTONIO ALAMO. *Lisandro Alvarado, Orador*. Boletín del Centro Histórico Larense. N° III. Julio-agosto-setiembre, 1942.

9. *Ibidem*. El Dr. Alamo, al hablar de los actos que anualmente se celebraban en el Colegio "San Agustín", expresa: "fueron predicadores y oradores, respectivamente en los años que se expresan así: 1879, Pbro. Dr. Virgilio Z. Andrade y Dr. Eliodoro Pineda; 1880, Pbro. Dr. Aguedo F. Alvarado y Dr. Jesús M. Arroyo; 1881, Pbro. Dr. Antonio María Durán y Dr. Manuel F. Samuel; 1882, Pbro. Br. Toribio A. V. Dudamel y Dr. Juan de Dios Ponte; 1883, Pbro. Br. Aureliano Torres y Dr. G. Riera Aguinagalde; 1884, Pbro. Dr. Virgilio Z. Andrade y Dr. Antonio José Insausti (ingeniero); 1885, Pbro. Br. Toribio A. V. Dudamel y Dr. Manuel Silveira; 1886, Pbro. Dr. Aguedo F. Alvarado y Dr. Lisandro Alvarado; 1887, Pbro. Dr. Francisco M. Arráiz y Dr. Simón Wohnsiedler; 1888, Pbro. Br. Jesús M. Hurtado y Dr. Luis Martía Castillo; 1889, Pbro. Antonio Luis Mendoza y Dr. Plácido D. Rodríguez; y 1890, Pbro. Br. Toribio A. Dudamel y Dr. Juan Manuel Alamo Dávila.

El Dr. Alamo en su escrito, habla de las grandes solemnidades anuales del Colegio, y cree que en el folleto correspondiente a los actos de 1886, no se publicó el discurso de Alvarado, y hubo "varias conjeturas sobre el particular, y la más probable fue de que la

Quien esté familiarizado con el estilo de don Lisandro y ha apreciado en sus trabajos las citas eruditas y oportunas y la crítica y el análisis que se permite hacer en el momento preciso, no puede dudar que ese trabajo salió de la pluma de don Lisandro, aunque tenga que admitir que muy pronto su pensamiento, en algunos aspectos, tomó un rumbo diferente, quizá cuando se sumergió en el estudio de Tito Lucrecio Caro y abrigó la idea, aguijoneado por Gil Fortoul, de hacer la traducción del poema latino *De Rerum Natura*. Como mera muestra estilística, una frase del exordio basta para confirmar la paternidad del estilo.

Expresa: “Harta ocasión os cabe de preguntaros cómo se llega a la tribuna de los oradores a un desconocido de la república de las letras; y esto cuando era justo que otra voz elocuente y varonil, fuese el eco de las grandes emociones que motiva un acto como el que en este sagrado lugar nos congrega”. Piénsese en el exordio de algunas de sus piezas oratorias pronunciadas en las Academias Nacionales, largos años después, y compruébese la semejanza con el estilo, característico de suyo, en la prosa del ilustre sabio.

El discurso de Barquisimeto induce también a otras reflexiones en el orden a la evolución de su pensamiento. No es aceptable la tesis de que Alvarado una vez abandonada la Universidad con la conclusión de sus estudios, después de haber abrevado en las fuentes de los grandes epígonos del positivismo (Rafael Villavicencio, Adolfo Ernst, etc.), se hubiese apartado de la más rígida ortodoxia. Al contrario, con sólidas razones basadas en textos de reconocida autoridad, hacía nuevamente confirmación de su fe, y ya bajo el signo de un catolicismo con basamento en argumentaciones sólidamente reforzadas en las más claras y limpias fuentes. Las doctrinas espiritualistas constituyen una de las tesis fundamentales de su disertación. En efecto afirma: “En los días de prueba que hoy experimentan los principios salvadores de la sociedad, es sobremanera imperiosa la necesidad en que la generación se ve de consagrar el último de sus esfuerzos, al verdadero engrandecimiento de las ciencias y de las artes. En atmósfera tormentosa progresan vertiginosamente, y van, según la expresión bíblica, delante de los vientos éstas y aquéllas a favor de las escuelas filosóficas reinantes, preocupadas con ideas que pasman, doctrinas que pervierten, sistemas que aniquilan y enseñanzas que fatigan el espíritu con negaciones y tristezas. El ansia de la novedad y la reforma, el empeño en combatir ese gigantesco fantasma que llaman lo absoluto, el carácter revolucionario de los genios que arrastran mil trofeos, conspiran a pasos precipitados a la destrucción no ya de una secta ni una doctrina, sino de un sistema, del sistema espiritualista, que desde la cuna de la civilización ha venido nutriendo vivificante al universo mundo”. Tesis ésta que bien podría sustentar el gran filósofo cristiano José Gregorio Hernández o el

omisión obedecía a los inconvenientes que pudieran resultar cierto concepto que en la oración parecía aludir a la política dictatorial de Guzmán Blanco, omnimoda entonces. Había motivo para tal preocupación; porque la *revolución de abril* (1870) que aquel caudillo representaba en el poder no simpatizaba con los institutos de carácter religioso, y el Colegio San Agustín era en cierto modo supervivencia, hábilmente adaptada a las leyes laicas, del seminario del mismo nombre que había dejado de ser en virtud del nuevo sistema educacional implantado”.

gran adalid de la iglesia venezolana y Arzobispo que fue de Caracas, Juan Bautista Castro, uno de los más grandes valores de nuestra patria.

El mundo cultural que recorre Alvarado en este tan memorable discurso y las ideas generales y particulares que contiene lo hacen merecer de especiales consideraciones, cuando contempla el panorama circundante, lleno de negaciones, de equívocos, de falsas experiencias; proclama que “estamos en plena masonería”. Años después, cuando hubiese abandonado sus firmes creencias tradicionales, y la nave de su espíritu se encamina por otras latitudes espirituales, él mismo abrazará la causa del mandil y de la escuadra; aunque para muchos, Alvarado no estaba muy convencido de la verdadera trascendencia de esta confraternidad universal, llena de símbolos y encubierta por una filosofía de muy dudosa extracción y firme basamento.

Su misma concepción sobre las doctrinas pregonadas por Villavicencio y Ernst, y seguidas por una brillante generación coetánea suya, no tenían todavía asidero en su espíritu, dos años después de haber abandonado los claustros universitarios, y dejado lejos a los maestros con sus enseñanzas y sus concepciones, y separado de sus amados compañeros de generación. “Ya sabéis que me refiero, expresa, a la redención positivista y la música del porvenir. Ensayos para aclimatar ese beleño hicieron ciertos profesores de la Universidad Central, ignorando que Dios nos daría después de quitarnos el que teníamos; y debíamos admitir con ellos la noción del derecho mediante la fuerza o la necesidad; y en el seno de las sombras se producen las escuelas heterodoxas, transformadas de siglo en siglo como el mitólogo Proteo, girando en su eterna palingenesia, en torno a la verdad, cuan giran las mariposas en torno de las llamas, habíamos de apagar la radiante lumbrera en que pensaba Lucrecio...”. Y asienta de seguidas: “Pero todas a una rechazamos, a Dios gracias, a pesar de las conclusiones de la lógica, tendencias semejantes que depravan las costumbres, falsean los deberes y atizan el fuego en el que se alimentan los más tremendos trastornos de la humanidad. El hombre se agita, Dios le lleva, es el grito de la filosofía histórica desde el Obispo de Hipona hasta el Obispo de Meana. Cada hecho, cada revolución, cada triunfo no ha sido de esta manera más que una prueba manifiesta de la sobrenatural atracción que sobre el inmenso cortejo del drama universal ejerce y mantiene la Providencia”. Y para finalizar y al felicitar al joven galardonado expresa: “¡Oh afortunado joven que has merecido el premio de honor de este instituto!, que la corona que se os da viene ajustada a nuestras sienas, aumenta el brillo de la nueva era que se abre para el Estado, con el perfeccionamiento de sus medios literarios y de su organización política, y que, después de todo, no hay libertad sin justicia ni paz para los impíos...”.

La actuación de Alvarado en el Colegio San Agustín en 1886, además de la altura de su pensamiento y la concepción de sus ideas espirituales, pone de manifiesto que todavía para la fecha y no obstante la posible brecha que hubieran podido abrirle en su mente sus grandes maestros caraqueños, conserva incólume su fe tradicional, ahora afincada más firmemente y robustecida con argumentos basados en su personal inquisición, realizada a través de sus lecturas de grandes libros de sabiduría antigua y moderna. Es una pieza realmente histórica en el orden del pensamiento alvaradiano.

Posiblemente, esta actuación en Barquisimeto, significa el fin de una etapa de su vida espiritual, cuyo cambio brusco aun cuando no lo manifestase explícitamente, iba a tener lugar en un lento proceso de su inquieta y expectante existencia.

No volverá por largos años el sabio a Barquisimeto. Pasará posiblemente por la ciudad en febrero de 1893,¹⁰ en viaje que realiza a El Tocuyo, de paso para sus querencias llaneras, y en 1908, cuando vuelve a ésta, con la finalidad de asistir a la boda de una sobrina de su esposa, quien contraía matrimonio, el 24 de octubre, con un caballero de la localidad. Dice el periódico *La imprenta* de esa fecha: "Con motivo del acto nupcial a cuya mayor solemnidad va consagrada la presente edición, ha venido a esta ciudad nuestro ilustre coterráneo y amigo Dr. Lisandro Alvarado, cuyo nombre es blasón de gloria para esta tierra".¹¹

La última década del siglo XIX, y la primera del actual, fue la etapa más activa de la creación intelectual de don Lisandro. Finalizó la traducción del poema de Lucrecio, escribió y logró publicar la Historia de la Guerra Federal, adelantó sus Glosarios, y redactó muchos otros trabajos históricos y literarios. Estuvo ausente largos años de esta ciudad, y si apenas pasó por ella, en dos oportunidades fue de paso para El Tocuyo.

En 1911 concurre al Congreso Nacional como Senador. Se iniciaba un régimen político que en sus comienzos no había dado aún las manifestaciones de dureza y crueldad que fue característica de ese largo despotismo. A ese Congreso o por lo menos, al primer período, concurrieron figuras de elevada significación en el mundo político e intelectual, y algunos de los supervivientes del caudillaje histórico que tantos males causó al país. Debe haber sido un compromiso que Alvarado no podía eludir, dado que no era un parlamentario y su temperamento un tanto introvertido, algo tímido, lo privaba de poder desempeñarse con el desahogo y la despreocupación que debe constituir la personalidad de un parlamentario, fuera, naturalmente de las condiciones intrínsecas de preparación cultural y política, que sí las tenía en demasía don Lisandro.

Circunstancias, posiblemente casi imprevistas para él, lo hacen volver a tierras barquisimetanas, y ahora por un período relativamente largo. Su entrañable amigo de toda la vida, el Dr. José Gil Fortoul es designado Ministro de Instrucción Pública en 1911, y de inmediato inicia una gran reforma educativa. Una de las tres o cuatro, que verdaderamente han habido en Venezuela. La Reforma establece las Superintendencias de educación en los estados. Por resolución del 4 de agosto, se designa para el ejercicio de dicho cargo en el Estado Lara, al Dr. Lisandro Alvarado.¹² Le tocó de nuevo al sabio continuar en el desempeño de modestos cargos burocráticos en el interior del país. Larga fue la lista de los que, por razones especiales, tuvo que ejercer durante su dilatada estancia en los llanos occidentales.

10. *Carta de Lisandro Alvarado para Tulio Febres Cordero*. Archivo de la Academia Nacional de la Historia. (Copia fotostática tomada del Archivo del polígrafo merideño).

11. *La Imprenta*. Edición de la Tipografía El Radical. Redactado por R. Perdomo Rodríguez. Año I, mes V, N° IV. El Tocuyo (Venezuela), octubre 24 de 1908.

12. *Memoria que presenta el Ministerio de Instrucción Pública al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela en sus sesiones ordinarias de 1912*. Tomo I, Caracas, Imprenta Nacional, 1912.

El Barquisimeto que vio llegar a don Lisandro en 1911, y lo tuvo en su seno hasta 1916, era una población que comenzaba su desarrollo urbano, ya repuesta de tantas guerras. Había vivido su época más floreciente en la última década del siglo pasado, especialmente porque contó con una administración progresista y civilizada, y la mayor parte de la década no fue sacudida por el torbellino de las guerras civiles. Sólo la de 1892, la "legalista" tuvo impacto en la región, pero se resolvió con la entrega de las fuerzas del gobierno, fuertemente armadas y organizadas, ejército de "línea", como se le decía entonces, a unas montoneras que comandaba un sacerdote de apellido Claudeville, quien se hacía llamar presbítero-general. La entrega se realizó en la larga calle Junín de El Tocuyo y la formación castrense la cubrió en su totalidad. Los militares gubernamentales rompieron sus espadas para que no las tomaran aquellas montoneras que se decían representar la legalidad constitucional.¹³ Todo por el equívoco del Dr. Andueza Palacios de querer reformar la Constitución con el fin de extender el período presidencial a cuatro años, y suprimir los dos de la Constitución "suiza". Pero se evitó la contienda, y el Estado, en general, se mantuvo en paz.

Luego durante cuatro años, ejercerá las funciones gubernamentales el General Aquilino Juárez, hombre probo y civilizador que se rodeó de los hombres más importantes de la comunidad, y realizó un gobierno que posiblemente ha sido, guardando las proporciones en el tiempo, el mejor que, en todas sus historias, ha tenido la comarca. Contribuyó, igualmente a la relevancia de la región, la marcha no interrumpida del Colegio de la Concordia de El Tocuyo, del Colegio San Agustín de Barquisimeto, el naciente Colegio La Esperanza de Carora, y especialmente el de Primera Categoría de Barquisimeto, que inició en 1884, los estudios mayores en la comunidd, anticipó en más de medio siglo de la función que luego desarrollaría esta Universidad, que lleva el nombre de "Lisandro Alvarado".

Pero esta vida tranquila, morigerada, de alta esencia cultural, de progreso efectivo, se rompió abruptamente a partir de los serios trastornos que se iniciaron ya al finalizar el siglo, con las revoluciones que conmovieron el país, y sembraron odios incontenidos, sangre y desolación en la casi totalidad de la región. Y cuando finaliza la última contienda, ya bastante entrado el año de 1903, las cárceles están llenas de prisioneros, y el Estado había que levantarlo de sus ruinas. Y así continuará durante largos años.

Pocas eran las personalidades de brillo intelectual que encontró Alvarado a su llegada a la ciudad a ejercer su cargo burocrático. Habían médicos, abogados, sacerdotes, pero la mayoría dedicados al ejercicio de su profesión. Profesionales puros. Los letrados eran pocos: Antonio Alamo, Pedro Montesinos, Antonio S. Briceño, Daniel Camejo Acosta, Luis y Miguel Castillo Amengual, y algún otro. Hay que omitir en esta lista al grupo de "inacabados" y cuya bohemia no les permitió alcanzar lo que por el talento les han podido ofrecer a la posteridad. Científicos lo eran Rafael Rudecindo Freytes Pineda, Antonio María Pineda y Eladio A. del Castillo, especialmente. Este último fue compañero continuo del

13. Referencia de mi padre Rafael Felice, quien con sus compañeros de estudio del Colegio La Concordia presencié el curioso espectáculo.

Dr. Alvarado en sus andanzas en la búsqueda de especies botánicas, y el primero, en investigaciones lingüísticas y etnográficas. Al grupo de científicos e investigadores se incorporó en 1913, el Hermano Nectario María, quien de inmediato hace amistad con don Lisandro y lo acompaña en excursiones científicas. Había también un hombre que llenaba la ciudad con el brillo de su inteligencia, y estaba temporalmente radicado aquí por la amistad de un “obispo benévolo” que quiso admitirlo en su Diócesis, sometido como estaba aquél, por sus desvaríos, a graves censuras eclesiásticas. Me refiero al Padre Carlos Borges.

Alvarado en ejercicio de la superintendencia, se dio a la tarea de mejorar el panorama de la educación. Visita las escuelas, formula reparos, dicta las medidas tendientes a agilizar la vida docente. Admite que funcionan mejor las escuelas para niñas que las destinadas a los varones; se queja de que hay “carencia universal de material de enseñanza”; los textos adoptados “dejan que de-sear y más todavía las ediciones económicas que publican algunas imprentas con perjuicio de la claridad y nitidez que requieren los libros de lectura para niños”. Los pocos mapas deben desecharse. Y agrega, en su primer informe: “Todo esto es sensible, porque el preceptor se encuentra desarmado para el magisterio, má-xime en estos pueblos apartados en donde apenas llega la voz de la civilización”. Tampoco hay mobiliario adecuado.

Los resultados escolares son muy discutidos, más bien melancólicos. Tiene palabras de aliento para algunas escuelas municipales, entre ellas las de Quíbor, que regenta R. Jiménez Duin y la de El Tocuyo a cargo del viejo bachiller Felipe Rafael Alvarado (quien no es su pariente).¹⁴

En sus informes posteriores, el panorama no había tenido mucha variación. Los maestros se quejaban de la irregularidad de los pagos; ofrece frases de elogio para el Colegio de San José de Tarbes, ya “arreglado” a las normas educativas. “Como circunstancias particulares de este Instituto dice Alvarado, mencionaré la de que posee un bello edificio expresamente construido para su objeto y provisto de comodidades escolares e higiénicas convenientes, y la de que cuenta entre sus discípulas varias institutoras que hoy ejercen con distinción el profesorado”. Esto naturalmente contrastaba dolorosamente con la situación de la mayoría de las escuelas estatales o municipales, que funcionaban en una forma miseranda.¹⁵

El último informe de Alvarado es de 1915. Constituye una breve relación del movimiento escolar y se ve claramente que fue escrito sólo para llenar una formalidad oficial.¹⁶ Rendido algo así como con desgano, y mucho debía estarlo don Lisandro en ejercicio de funciones que le ahogaban en pequeños detalles su mente acostumbrada a grandes y nobles causas relacionadas con la ciencia y la cultura. Allí estaba como petrificado; su inteligencia, como esterilizada. Por eso, y por las intrigas existentes, desde 1913, decide separarse del cargo. El 19 de noviembre de 1913, ofrece su renuncia a un funcionario en Caracas, y la ratifica ante el doctor Rafael Garmendia Rodríguez, Presidente del Estado.¹⁷ Ya a finales

14. *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública*, 1912. Informe del Dr. Lisandro Alvarado.

15. *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública*, 1913. Informe del Dr. Lisandro Alvarado.

16. *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública*, 1915. Informe del Dr. Lisandro Alvarado.

17. *Obras Completas de Lisandro Alvarado*. Vol. VIII, Caracas, 1958. Miscelánea de Ciencias. Varios. Correspondencia. Págs. 432 y 433.

de 1915, resuelve dejar la función, y se marcha a los llanos orientales, a Zaraza. Obtiene para el viaje, un préstamo de una honorable dama barquisimetana, y deja a la ciudad para no volver más.

Han quedado pocas huellas de la labor epistolar rendida por Alvarado durante su estancia en Barquisimeto. Dos cartas a Don Luis R. Oramas sobre temas lingüísticos, escritos en 1912. Hace un elogio del estudio de éste sobre las lenguas guajiras; una carta también de finales de ese año, para Pinzón Uzcátegui sobre el *Diario de Bucaramanga*; otra al doctor Bousignac de El Callao en 1914, sobre temas científicos, pero en su introducción expresa la amargura de su existencia actual. "Mucho tiempo hace que le escribo, dice, aunque con varias cortas ausencias he permanecido avecindado aquí. Pero no siempre he vivido con holgura, y más de una vez he renegado de la suerte que me ha cabido y de las cosas con que me ha atiborrado la cabeza. Pero ya es tarde..."¹⁸

¿Y sus trabajos literarios y científicos? Existe un breve estudio suyo, "La epilepsia de Carbonell" de 1915, sobre la debatida "enfermedad" del Libertador, que armó una gran polémica en la época;¹⁹ otro, intitulado *Literatura Venezolana*, publicado en 1915, época de la estancia de don Lisandro en Barquisimeto. Se refiere a algunos poetas del Estado Zulia. Un trabajo sobre Lazo Martí, publicado en 1914, como apéndice a las *Poesías* de aquel famoso vate, fechada en 1913; un prólogo a la obra *Impresiones de Viaje*, de doña Iginia Bartolomé, después esposa del Dr. Antonio Alamo, publicado en 1914, y uno sobre el poeta Carlos Borges.²⁰

Si su espíritu estaba inquieto y su ser moral hastiado de una vida que no era la que correspondía a una figura como la suya, a una personalidad estelar de la cultura venezolana, los pocos trabajos que se conocen de este tiempo, tienen el sello característico suyo, por el estilo, por la fina ironía, por las ideas y conceptos que encierran. Habla de la poesía; se refiere a problemas indígenas; expresa hermosas frases para su gran amigo, y pariente espiritual, Lazo Martí; destaca los méritos de una bella e inteligente mujer, doña Iginia Bartolomé, después señora de Alamo, que se iniciaba en las letras, y acababa de realizar un viaje a Europa; y fruto de ese peregrinar fue su libro *Impresiones de Viaje*, editado en esta ciudad en 1914, prologado por Alvarado. Hay otro trabajo conocido de esa época, y es el referido al Padre Borges.

Este hombre inquieto y atormentado era muy asiduo contertulio de Alvarado, junto con el Dr. Daniel Camejo Acosta y el Padre Juan de Dios Losada. Tienen en común muchas afinidades espirituales. Se reunían con frecuencia. Hablaban de todo, especialmente de letras. Alvarado lo visitaba ocasionalmente en la pieza que ocupaba en el antiguo edificio situado frente a la Iglesia de la Concepción, calle del Obispo entonces, hoy 26, entre carreras 15 y 16. ¿Cómo era aquella habitación? Oigamos la descripción que hace don Lisandro: "La celda será lo

18. *Obras Completas de Lisandro Alvarado*. Vol. cit., págs. 426-432 y 435-436.

19. *Gaceta Profesional*. Año 1, mes 1, N° 1. Barquisimeto, Estado Lara, Venezuela, 20 de noviembre de 1915.

20. *Obras Completas de Lisandro Alvarado*. Vol. cit., págs. 65/95, 187, 193, 197.

que antes fue curia de la Obispalía, a la mano derecha del vestíbulo, como vivienda de un apolíneo conserje. Diríase que es un hermano portero quien desempeña humildemente la Secretaría del Obispo, y que el ordinario es prelado tan humilde como su secretario. La celda —sigámosla nombrando así— es casi cuadrada. Una mesa con un pequeño crucifijo, libros y papeles. Arrinconado, vegeta un pequeño escaparate con el aletargado archivo y algún ejemplar de las Constituciones Sinodales por salvaguardia. Una ventana hacia el atrio de un templo de luz superlectílica sobriedad de aquel despacho. El resto del edificio lo ocupa el Seminario...”. ¿Qué hablaban aquellos dos colosos de la inteligencia? Alvarado lo detalla. “Pues bien, dice, mis favoritas conversaciones con este helénico Borges eran acerca de los místicos citados, a despecho de la enormidad que mediaba entre un maestro como él y un simple lector como yo; y así como yo ponía mi afición en el epistolario *teresiano*, en el *Tratado de la Tribulación*, en la *Guía de Pecadores*, en la *Perfecta Casada* y otras joyas del tesoro literario español, así se deleitaba y remiraba él en *Las Moradas*, como si atraído él por la santa quisiera encerrar su alma en una cárcel de diamante o en una ciudad de Dios...”.²¹

El tedio barquisimetano lo mitigaba el Dr. Alvarado con sus tertulias casi diarias en el hogar de las familias Octavio-Anzola y Camejo Acosta-Octavio, en donde hacía vida de noble intimidad, de afecto. Allí era tratado como un miembro más de esas familias generosas, inteligentes y acogedoras, hogar cuyo centro era doña Carmen Anzola de Octavio, dama de exquisito y noble señorío. Un día de los primeros meses de 1914 se avecinaba un alumbramiento. Alvarado llega a la casa en donde se esperaba el feliz suceso. De pronto una noticia fatal embarga su corazón. Se le informa que acaba de morir en París el Dr. Pablo Acosta Ortiz, para la época el más brillante cirujano de Venezuela, íntimo amigo suyo, quien no había cumplido aún el medio siglo de vida. Alvarado se queda impávido, y al reaccionar, expresa: “por qué no me moriría yo que no hago falta, en vez de Pablo que tantos servicios prestaba a la humanidad”.²² Y esas frases cortaron el tema. Después se volcaría la angustia a la expectativa del nacimiento del nuevo ser, que en el futuro sería un hombre de significativo empuje en el progreso material de Venezuela.

Alvarado vivió casi toda su época barquisimetana en una modesta casa situada en el ángulo noreste de la actual Plaza Bolívar, en la manzana que hoy ocupa el Edificio Nacional, y antes el viejo mercado construido por el general Lara; la casita daba frente a la carrera 17, cuando ésta se llamaba Ilustre Americano.

Su delgada figura salía a pasos rápidos y su miopía le acentuaba un poco la distracción con que marchaba, dándose, al parecer, poca cuenta del mundo circundante. Caminaba recto, un tanto erguido, con poco movimiento en sus brazos. Llegaba a las casas que frecuentaba como un miembro más de la familia. Educado, afable, cortés, sin toques de una etiqueta untuosa y falsa. Mantenía la característica de un hombre sencillo, que escondía profundamente su sabiduría.

21. *Obrars Completas de Lisandro Alvarado*. Vol. VII, págs. 197-201.

22. Información del Dr. Amador Octavio que oyó la expresión del Dr. Alvarado.

No se conoce, fuera de las anotadas, ninguna obra de aliento producida por Alvarado en su estancia barquisimetana. Posiblemente, adelantó algunos de sus glosarios y les incorporó nuevos vocablos. Su obra mayor estaba realizada. En la época, no fue esta ciudad lugar propicio para que el sabio continuase su plena dedicación a sus querencias favoritas. Un modesto cargo destinado al control educativo, en contacto con una pavorosa realidad que no podía remediar, pues le faltaban medios y el apoyo nacional; maestros abnegados y humildes, que hacían lo que podían en aquel ambiente no siempre cómodo; otros, ignorantes e irresponsables, que no obedecían los consejos del superintendente; y la buena mayoría, especialmente los del interior, a quienes ni siquiera les llegaba el pago oportunamente, y le imputaban a él la responsabilidad de aquella irregularidad. El rendimiento era casi nulo. Esa era la palpable realidad de la situación que encontró Alvarado en el Estado y trató de modificar. Vano empeño. Varios años de una lucha incesante, y su labor creadora paralizada, esterilizada.

Cuando decide partir y luego de obtener un modesto préstamo que pagó, y quiso hacerlo con los intereses, se radica en Zaraza, pero su horizonte era buena parte de los llanos orientales. Allí continúa sus trabajos lingüísticos y al cabo de algún tiempo, aparece su erudita monografía sobre el *Caribe hablado en los llanos de Barcelona* y otras investigaciones. Fueron años fecundos estos. Parece que las tierras llaneras, la soledad, el horizonte infinito, la naturaleza toda, le agujoneaban su mente y le ofrecían alas para continuar su incesante trabajo creador.

Ya a comienzos de 1920 está en Caracas con un cargo digno: Director de Política Comercial en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y rodeado de hombres eminentes: Esteban Gil Borges, Pedro Itriago Chacín, Santiago Key Ayala, Manuel Segundo Sánchez, Víctor M. Ovalles; respetado, admirado y querido por los más destacados intelectuales del país y por las generaciones de relevo. Vuelve a la actividad intelectual y se dedica, especialmente, a la crítica literaria. Ingresaba a las Academias de la Lengua y de la Historia para ocupar el sillón que en ambas dejó vacante su viejo maestro Rafael Villavicencio, del cual hace merecido elogio. Es puntual en las asistencias semanales. Trabaja en su seno activamente, hasta que un ataque fulminante, ocurrido en julio de 1926, lo deja con vida, pero lo hunde en el mundo de lo insensible, y queda cerrado el ciclo vital de su poderoso cerebro, aunque su corazón sigue latiendo hasta el 10 de abril de 1929. Al morir, los masones de Valencia, le hacen un entierro solemne y ofician la ceremonia frente al Monolito erigido en la Plaza Bolívar de la ciudad. El excesivo celo de la Mitra —destacado y brillante eclesiástico a la sazón, de 34 años, de una recia y firme ortodoxia y de un carácter severo y firme—, se olvidó de que Alvarado no estuvo nunca contra el dogma; que fue un hombre de escapularios; que jamás adjuró del catolicismo; que era un erudito lector de la Biblia y de la literatura de los Padres y Doctores de la Iglesia, así como de los místicos españoles. En fin, que salvo su "masonería" a la que había zaherido en sus años juveniles, aunque después había ingresado en ella, ningún motivo especial privaba para que se le mantuviera fuera de la Iglesia. Todavía eran tiempos de intransigencia religiosa, y habían mentalidades con un sentido demasiado estricto y riguroso de la disciplina eclesiástica.

Después de muchos años vuelve Alvarado a esta ciudad. En primer lugar, simbolizado por un Liceo, que perpetúa su nombre, y ha constituido por muchos años como el centro, donde gravita la enseñanza media de la ciudad; y ahora por esta Universidad que lleva su nombre desde 1979. Como la región centro-occidental de Venezuela estuvo tan profundamente ligada a la vida de Alvarado desde su nacimiento, bien merece que lleve su nombre el Instituto, el cual ha desarrollado ya una amplia y seria labor educativa y cultural, y cada día se proyecta más hacia serias finalidades.

Ojalá, a ejemplo de universidades de otros países, que han comprendido que el alumno, de cualquier profesión, no debe ignorar el mundo de la cultura, el amplio campo de las humanidades, y han fundado cátedras y seminarios para corregir esas deficiencias, esta Universidad siga ese ejemplo, y establezca la Cátedra Lisandro Alvarado, destinada no sólo al conocimiento y análisis de su obra, sino extendiéndola al estudio de un mayor horizonte. Y así el alumno egresará con las bases de una formación que, sin separarlo de la técnica pura, lo lleve a encontrarse con un panorama de un impresionante interés y de una belleza y colorido mental, que jamás podrá olvidar.

Que el resplandor de la figura estelar de don Lisandro Alvarado alumbre, hoy y siempre, la vida de esta Casa de Estudios.